

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 259.

Sevilla.—Sábado 10 de Noviembre de 1900

AÑO XXIV.

El imperialismo

Como el czar de Rusia, como los tiranos de Asia, como el férreo emperador de Alemania, el imperialismo, la absorción de las grandes naciones se abre paso en todo el mundo.

Ayer fué el ministerio conservador en Inglaterra el que triunfó en la nota más imperialistamente acentuada que representa el antiguo radical actual ministro de las colonias, Mr. Chamberlain.

Hoy es Mac Kinley en el Norte América el que obtiene la reelección para la presidencia de aquella República representativa, que, por su historia y por su significación, hasta 1896 parecía el pueblo destinado y consagrado al imperio del derecho y la garantía más eficaz de la libertad de los pueblos y de los ciudadanos.

Finaliza el siglo XIX, que se inauguró con un Napoleón que aspiraba al imperio universal, con muchos napoleones en Europa y con un futuro César en América, porque Mac Kinley es cesarista, a título de ser él la persona del César que dicte leyes á toda la América é imponga respeto su potente ambición á la vieja Europa.

Los pueblos pequeños del viejo continente; las naciones hispano-portuguesas de América, están por igual amenazadas de perder su autonomía y su independencia.

Los colosos modernos no se limitan ya, en los momentos actuales, á la guerra de tarifas y á la imposición de sus productos y extensión de su comercio; aspiran á algo más efectivo: van derechos al imperio político, á la dominación y absorción de los pueblos débiles y de los pueblos pequeños, para que de grado ó por fuerza consuman su producción y fomenten su riqueza.

Palabra vana es la libertad para ellos: digámoslo nosotros, y con nosotros nuestras perdidas colonias, y los famosos boers, que todavía defienden sus posiciones del honor y de la libertad con la viril energía de un gran pueblo.

Las corrientes de la hinchazón imperialista aspiran á la universal dominación. El instinto de la propia conservación de los pueblos pequeños, unido á los grandes ideales de la libertad, puede ser un muro de contención que destruya todos los planes de estos modernos tiranos de frac y monóculo, y de refinado burgués atildamiento.

Ahí está Francia, con sus grandes sacrificios por la libertad, que disimula su papel apoyada en imperiales brazos que pueden arrastrarla hacia su ruina, si se detiene, por mal entendidas grandezas, en el camino que se trazó cuando arrasó las Tullerías y proclamó los derechos del hombre.

Es grande como los imperialistas, pero su misma grandeza puede producirle el vértigo, si no tiende su mano cariñosa á los débiles que sienten la libertad y que quieren la verdadera emancipación, informada en las reglas del derecho y garantida por la comunidad fraternal que constituye el doble vínculo de la raza y de ideal.

Teutones de Europa y anglo-sajones de Europa y América son los que se disputan el predominio del mundo.

Ninguna nación pequeña del mundo antiguo; ningún pueblo del continente colombino, forman en la férrea raza teutónica, ni en la orgullosa comunidad anglo-sajona. Somos, todos latinos. Somos los iniciadores de la civilización y del progreso moderno; somos desde Rumania hasta Bélgica, desde Portugal hasta Bulgaria; y en América, latinos son los que no son anglosajones, como son latinos también los esforzados tagalos de nuestras antiguas islas.

Los vínculos de raza, la comunidad de ideas, son títulos bastantes para ofrecer á los imperios de los grandes acorazados y de los poderosos armamentos, las armas de la solidaridad, de la moral y de la libertad, del derecho y de la justicia, encarnadas en una federación, que sería más fuerte que todos ellos, porque desarmaría al coloso atacándole en los lados vulnerables de la producción y del consumo, y poniendo coto á sus demasías con los ejemplos de la virtualidad del derecho y de los recursos de la verdadera fuerza de la sociedad moderna.

A. A.

Nota del día

Pues... señor, ¡chitón!, que se nos viene la Santa Inquisición.

Mi querido colega *El Porvenir*, que quiere padecer estrabismos en la vista—pero que no los padece—se nos viene algunos días con argucias de un maquiavelismo trasnochado, que me da pena.

Porque en Coria del Río—como en todos los pueblos de España—hay luchas políticas por si ha de alcaldear este ó el otro señor, y, por consiguiente, por si ha de caciquear D. Fulano ó D. Mengano, se ha armado, allí y aquí, la de Dios es Cristo.

Allí... porque quieren seguir mangoneando, ó mandando, los mismos que mangonean ó mandan.

Y aquí... por la misma razón relativamente.

Resulta de todo ello, sin embargo, un hecho real y cierto, y, como cierto y real, brutal en extremo. Resulta... que el actual alcalde, y algunos de los concejales que le acompañan, hace ya dos meses que están procesados por corta fraudulenta de árboles en la dehesa del pueblo, y, apesar de hallarse procesados, actúan como si tal cosa, y como si tales leyes hubiera en la nación.

Por quitame allá estos sustitutos en la lucha para la reposición del Ayuntamiento de dicho pueblo, que está fuera de la ley, se arma un zipzape, y de allá, de Coria del Río, viene una comisión á protestar de que se les quiera hacer tragar á la misma gente.

Y ve la comisión á este señor y al otro señor para lograr sus deseos, y entonces *El Porvenir* sale diciendo:

—Toda esa gente que vino ayer de Coria á pedir justicia, si la hay, está dirigida por un protestante.

¡Horror! ¡Anatema!

Hay que dejar al Alcalde procesado por corta fraudulenta que siga siendo Alcalde, porque éste siquiera no se deja llevar por los amigos de ese protestante.

Porque los amigos de ese protestante no van á permitir que se lleven los árboles de la dehesa del pueblo; ni van á consentir que se malgaste la hacienda municipal; ni... ¡la mar de cosas!

Y eso es lo que ha probado *El Porvenir*:

Que el protestante es un hombre de bien—que cree en Dios como los católicos—pero que no cree en el Alcalde de Coria del Río, ni en sus amigos, porque están procesados por un asunto muy feo.

Y como los católicos de Coria del Río, que son honrados y son decentes, no le preguntan á nadie que va á darles buenos consejos si cree en el Papa ó no cree, sino que, si es bueno, le estiman, y si es malo, lo repudian, de ahí que el asunto de Coria esté más claro que el sol.

Un católico les dice:

—Podéis llevarse los árboles de la dehesa. Y silban al católico, y huyen de él, porque eso no lo manda el Evangelio.

Y llega un protestante y les dice:

—Dad á Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar.

Y aplauden al protestante, y siguen los aplaudidores siendo tan católicos y tan honrados como lo eran antes.

Pero *El Porvenir* no se mete en estos dibujos, sino que dice:—¡Anatema! ¡Anatema! Ese hombre es honrado, pero es protestante y no puede aconsejar nada bueno.

Y tú, *Porvenir*, ¿eres demócrata?

Y tú, *Porvenir*, ¿respetas todas las creencias?

A mí me parece que no que, por esta vez, la gran lanzada se las has dado al Sentido Común, ¡jerlo por tu mano.

¿Qué tiene que ver el jamón serrano con el vinagre de yema, ni los limones agrios con los dátiles de Berbería?

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

—¡No hay carlistas en el campo!—dice el Gobierno.

Y eso no es ninguna novedad. Ya sabemos nosotros que los verdaderos carlistas están en las ciudades, en las iglesias y en los conventos.

Sin perjuicio de los que están en los ministerios.

Nos congratulamos, por consiguiente, que los carlistas de armas tomar se decidan á no salir al campo.

Así se logran dos cosas.
1.º Que no les casquen las liendres las tropas liberales.
2.º Que no nos aumenten las contribuciones.

**

Hasta siete concejales fueron ayer á sesión... Está nuestro Municipio siendo modelo de él.

Sin embargo, entre los siete, en familiar reunión, siguieron administrando los intereses de nos.

Se dice que *pepitilla* elocuente se arrancó haciendo de delegado de un guardia, y con emoción pidió se le socorriera porque hace tiempo enfermó.

¿Para qué pidió tal cosa? Enseguida, Salomón, el ecónomo que guarda la despensa, protestó.

¿Cómo socorrer á un guardia? —Eso es una usurpación de los dineros del pueblo, y no lo consiento yo.

¿Si fuera para las monjas ó los frailes del Perdon!

¡Pero á un guardia! ¡Yo protestol— Y aunque el hombre protestó, acordaron los compadres hacer al guardia el favor de socorrerle... ¡Ya es algo!

Y *pepitilla* venció. Yo le doy mi enhorabuena, porque al fin demuestra amor al guardia su protejido, que es infeliz, como yo.

**

D. Enrique Polo de Lara, liberal fusionista y hombre que no puede estar quieto un momento, y que cuando no está pronunciando un discurso está escribiendo un libro, acaba de publicar uno que se titula *En justa defensa: refutación documentada de las falsas aseveraciones de un fraile agustino*.

Tratándose de D. Enrique Polo—persona muy simpática—y tratándose de uno de los gobernadores que estuvieron en Filipinas últimamente, y que debe saber muchas y muy buenas cosas de ese fraile á quien refuta, y de los otros, quiero esperar á leer su libro para decir mi parecer contra D. Enrique ó contra el fraile.

Desde luego le aseguro al Sr. Polo de Lara que debe tener razón en todo lo que dice contra el fraile, y que, aun cuando no la tuviera, yo se la daba.

Ya sé yo que D. Enrique dirá—lo dice—que los frailes son los culpables de la pérdida del archipiélago.

Pero yo le digo á D. Enrique: —Y eso, ¿por qué no lo decía usted antes? Su opinión, como gobernador que había sido de varias regiones de Filipinas, hubiera, por entonces, llamado la atención, y hubiera sido digna del mayor aplauso.

—Es que, si lo digo entonces—me argüirá D. Enrique—no me nombran gobernador de Ilocos.

¡Para lo que hubiera perdido! Se hubiera ahorrado de estar prisionero, de sufrir amarguras y desengaños, y de otras cosas que habrá sufrido como buen español.

De todas maneras, su libro, aunque tardío, demuestra que tiene su autor algo de independiente en su sangre, y que no se amolda á callar las vergüenzas que allí ha tenido que soportar.

Y como la santa rebelión contra esos farsantes de capucha me resulta tan simpática, yo le doy mi enhorabuena por adelantado al Sr. Polo de Lara.

Y cuando lea el libro hablaremos... porque es muy posible que todavía le tenga que decir al autor que no ha dicho todo lo que sabe por temor á que cuando venga Sagasta lo pongan en entredicho.

Y no lo hagan gobernador de algún Ilocos de la península.

Porque, siendo gobernador con Sagasta—¡que lo será!—tendrá que bregar con frailes.

Y tendrá que darles la *coba*, como se las daría en Filipinas.

¡No hay más remedio! Hasta que no venga la lluvia de fuego que nos limpie de tanta peste frailuna.

**

Dice *El País* haciendo caso de lo que dice el Gobierno.

«Toda la campaña, por parte de los carlistas,

ha quedado reducida á un paseo dado por 15 ciudadanos de buen humor en la montaña de Berga; y tratándose únicamente de eso, no había para qué poner en conmoción á media España antes, ni por qué darse ahora albricias cuando el paseo ha concluido. Si un ciudadano puede decir, como prueba de valor y esfuerzo, aquello de «con quince luché en Zamora, y á los quince los vencí», para todo un gobierno con mucha Caballería, mucha Artillería, mucha Infantería, mucha Guardia civil y algún que otro mozo de escuadra, resulta eso muy poco luchar y muy poco vencer.»

Y sin embargo, colega querido, el Gobierno actual—hay que confesarlo—es un Cid. Porque gana batallas después de muerto.

Nació muerto, muerto sigue, y... ¡ahí está Gobernando!

Indudablemente esto será un problema, que consistirá en que los gobernados están más muertos que los gobernantes. Pero el hecho es que... gobiernan, con Weyler y todo.

**

Recomienda á sus lectores

un periódico muy serio que no deben recogerse las colillas en el suelo, porque—el colega lo dice—los contagios son funestos...

El colega no se explica: el contagio vendrá luego si se fuman... ¡por cogerlas no saldrá ningún divieso!

Esa campaña la pagan, ¡ya se vé!, los colilleros. Señores: ¡lo que es la prensa en estos felices tiempos!

**

Ustedes habrán leído que ha sido aprehendido por la policía del Gobierno un cura que le llaman el padre Bocos.

Y que ha sido aprehendido por carlista. Bien, y quién es el padre Bocos? Allá va su partida de bautismo, ó su licencia de guerra:

«Antes que cura fué capitán del ejército carlista.

Emigrado en Francia, siguió la carrera eclesiástica.

A la influencia de los damas de la aristocracia debió el nombramiento de párroco de San Lorenzo.

A nadie ocultaba su entusiasmo por la causa del Pretendiente, y en su domicilio particular de dicha iglesia reuníanse con gran frecuencia buen número de sacerdotes y seglares tradicionalistas.

Como antes decimos, está reconocido como uno de los más vehementes oradores sagrados, por lo cual es muy buscado para las fiestas religiosas.

Allá por los años de 1883 hallábase un día de Jueves Santo predicando en la iglesia de San Sebastián.

Parecióle al padre Bocos que uno de sus oyentes tomaba notas de su oración, y creyéndole redactor de *El Globo*, encargado de comentar su sermón, arrojóle desde el púlpito su bonete, que fué á dar sobre las narices de un feligrés.»

De donde resulta que el padre Bocos es un barbián.

Y un tira-bonetes. Y un ministro del Señor... Pero... ¿de qué Señor, señor mío?

CARRASQUILLA.

FRACASO

Existen en España más partidas carlistas que las que declara el Gobierno, y el número de sus individuos es mayor que el marcado por los informes oficiales.

Tal partida que, según la declaración ministerial, se compone de una docena de individuos, consta de más de cien; los que se dan por disueltos, corren todavía en grupo los caminos del monte, y no se sabe aún ciertamente cuándo acabará este conato de insurrección.

Pero con ser la fuerza del carlismo en armas algo mayor de lo que supone el Gobierno, hay que reconocer que este alzamiento es un fracaso ruidoso y mortal para la causa del pretendiente.

La España de hoy ya no es el país imbécil que en el segundo tercio del siglo seguía con ciega fe á Carlos Isidro, creyendo que haría la felicidad nacional restableciendo la inquisición; ni aquel del 70, que, azuzado por todos los reaccionarios que abominaban de la revolución de Septiembre, se lanzó en armas para saquear ciudades, cortar ferrocarriles y cometer innu-

merables asesinatos, consiguiendo con esto, en vez de hacer triunfar la odiosa causa de don Carlos, traer la Restauración y el triunfo de Alfonso XII.

El carlismo, al pretender resucitar en el presente su belicosa historia, no ha causado profundo eco en el país. Hasta en los distritos más ignorantes y fanáticos que en la pasada guerra fueron centros de rebelión, se han paseado los cabecillas sin encontrar muchos que quieran seguirles.

—Esta es otra España—deben decirse los partidarios del pretendiente.

Se han sublevado las planas mayores del partido; como si dijéramos, los comités, confiando que no les faltaría carne de cañón, imbéciles encargados de nutrir las filas.

Esa partida que corre por la provincia de Alicante, sin entrar en los pueblos, es un verdadero ejército paraguayo. El jefe se titula general; los que hacen el papel de oficiales y sargentos llevan títulos de coroneles, y el último de la partida es, por lo menos, teniente. Se lanzaron al campo creyendo que iban a llegar a bandadas los voluntarios como en la pasada guerra, y transcurren los días y las semanas sin que nadie se presente, quedando reducida su famosa organización a una soledad semejante a la de Robinson, que era rey en su isla... sin otro súbdito que él mismo. Esos generales y coroneles carlistas sólo mandan... a sus propias personas. Se acabaron los tontos, nacidos en la miseria y condenados a vivir eternamente en ella, que peleaban por los placeres abundantes del rey, la pianza babilónica del obispo y la resurrección de los antiguos derechos de la nobleza.

Esos carlistas con sus Mausser, su provisión de dinamita y todo su material de guerra a la moderna, causan tanta estupefacción y se agitan en igual vacío que un arcabucero con casco, colete de ante y gregüescos que, con la cuerda encendida y el tubo de hierro al hombro, paseara por bajo de los arcos voltaicos de una gran calle.

Esos hombres, acostumbrados a soñar en empresa tan loca como la resurrección del cadáver putrefacto de la monarquía absoluta, no se dan cuenta del tiempo en que viven.

Porque en el 73 recibieron a bandadas en sus partidas los mozos de los pueblos, enviados por los curas, creyeron ahora los del partido que se titulan todos jefes y oficiales), que encontrarían a miles los soldados como entonces.

¡Infelices! Entonces les ayudaba el cura, porque odiaba a la Revolución y quería derribar la República. Ahora la mayoría de la gente de sotana, como la pagan bien, vive en el mejor de los mundos, y no mira con gran entusiasmo el carlismo, pues viene a despertarla en lo mejor de su digestión tranquila.

Aquellos que hace veinticinco años iban a las partidas del pretendiente sin ser carlistas, porque así se lo mandaba el cura, ahora ya no van en tan gran número, porque no les conviene y porque no les da la gana.

De la última guerra civil al presente ha adelantado mucho la cultura de la España rural, que era donde el carlismo reclutaba sus combatientes.

La juventud de Navarra y las Vascongadas, al perecer los fueros, tuvo que servir en el ejército; ha corrido España de guarnición en guarnición y ha vuelto a sus pueblos menos fanática, más civilizada y tolerante por el contacto con los demás españoles, y convencida de que en el mundo no lo es todo el cura ni el diputado foral.

Hoy entran periódicos en los pueblecillos donde antes solo se leían gozos piosos o romances de bandidos; la gente cree menos en el cura; ciertos republicanos (a falta de otros méritos) tenemos derecho a que nos reconozcan que con una continua y arriesgada propaganda hemos cambiado algo la faz de muchos distritos; y los que hoy no son republicanos o liberales en los campos, son por lo menos fríos egoístas que se dicen con convicción:

—¿Y a mí qué me importa eso de D. Carlos? Lo que yo quiero es tranquilidad para trabajar mis campos; que no vengan a estropearlos las cosechas; no tener en mi casa alojados a todas horas y, sobre todo, no pagar contribución doble para quedar bien con unos y otros. Eso de las revoluciones es para la gente de las ciudades.

Y el carlismo parece una exagerada caricatura del propio ejército de la nación. Todos jefes y oficiales... pero sin soldados.

El fracaso es inevitable.

BLASCO IBÁÑEZ.

Suma y sigue

«Con mucho gusto mandamos a usted nuestras firmas; de buena gana hubiéramos hecho algo de más valía por la causa de los boers, si nuestro patrimonio fuera otro que el trabajo; así y todo, nos hallamos honradísimos de poder dar una demostración de cariñosa admiración al hombre insigne, cuya admirable conducta debería servir de ejemplo a los que tienen en sus manos las riendas de los Estados.»

Joquín Sales.—Pedro Benavente.—Ciriaco Troya.—José Trujillo.—Timoteo Lario.—Juan Cavia.—Andrés Siroda.—Mariano de Silva.—Juan José Benítez.—Ceferino Hernández.—Fermín Velazquez de Castro.

Suma anterior, 538.
Día 9, 29.
Día 10, 11.
Total, 578.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Ugarte recibió a una comisión de dependientes de ultramarinos y ofrecióles que al abrirse las Cortes se reproducirá el proyecto de descanso dominical.

Aspira a que alcance a la prensa.

El *Liberal* saluda con efusión a los congresistas con motivo de ser hoy la reunión preparatoria.

Dedica un artículo, y anuncia una tregua en la campaña contra el gobierno, por deberes de hospitalidad.

En el Café del Siglo, de Madrid, se suicidó de un tiro en la sien derecha un joven de veinte años, vestido con elegancia.

Dejó una carta escrita para el juez, diciendo que se llamaba Anh y se mataba porque le daba la gana.

Otra carta era un testamento humorístico diciendo que era Capitán general del Ejército carlista, y disponiendo que le embalsamaran y expusieran el cadáver durante veinte días en un escaparate y otras tonterías.

El *Liberal* en un artículo hácese eco de las quejas de los maestros y censura las disposiciones de Alix.

Cree inútil llamar la atención de éste. Dirigese a Azcárraga y Allende para que remedien el mal.

En Valencia se han hecho nuevas detenciones, entre las que figura la de un director de talleres.

La sesión preparatoria del Congreso Hispano Americano verificóse en el salón del director de la Biblioteca Nacional.

Las sesiones se verificarán en el salón central del mismo edificio.

El Ayuntamiento ha dado un voto de confianza al alcalde, para que organice la función de gala en el Español, en honor de los congresistas y lo demás que crea oportuno.

La sesión la presidió Campó, acompañado de Sagasta, Armijo, Sampedro, Núñez de Arce, Balaguer, Echegaray, Abarzuza y varios representantes de las Repúblicas americanas.

Asistieron centenares de congresistas. Campó en un discurso saludó a los concurrentes.

Acordóse la designación de mesa de honor y candidaturas para cargos y se levantó la sesión.

Sagasta llamó para el 20 a los senadores y diputados.

La reunión de las minorías será el 19 por la tarde.

Los trabajadores de Granollers volverán al trabajo si se pone en libertad a los detenidos.

Se han reanudado las gestiones para aproximación de los tetuanistas a la situación actual.

Comunican de Perpignan que el martes salió de Prades el cabecilla Moore para asistir a la reunión en Cervera de siete caracterizados cabecillas.

Hállanse allí Grandia y otros carlistas, que fracasada la algarada dicen marchan a París esperando mejor ocasión de repetir.

Aseguran que las partidas de Berga é Iguala da proponíanse apoderarse de Puigcerdáy facilitar la comunicación con Francia.

Dicen que la algarada estaba relacionada con una importante jugada.

El ministro de la Gobernación ha dicho que carece de confirmación oficial la aparición de un grupo faccioso en Monte Guariola, inmediaciones de Berga.

Créelo inexacto.

El gobierno cree se llegó al total fracaso del movimiento.

Telegrafían de Barcelona que se verificó un registro minucioso en casa del duque de Solferino.

La escalera del palacio estaba custodiada por la benemérita.

Terminado el registro fué detenido un criado, única persona que habitaba la casa.

Al conducirlo al gobierno militar iba cargado con un fardo de Remingtons y otras armas que se encontraron.

Un grupo comenzó a gritar, mueran los carlistas.

La benemérita impidió que le agradieran.

Dícese que se encontraron importantes documentos.

La destitución del jefe de vigilancia de Barcelona, Miró, ha obedecido a que el gobierno sabía que con pretexto de perseguir el juego trasladóse a Badalona y conferenció allí con importantes carlistas.

Otro jefe de policía de una población marítima del Norte también sostenía correspondencia con los jefes carlistas.

Además de Sangarren han sido puestos en libertad su secretario Lobo y su administrador Lechundi, el librero Gazopo y Euscariza.

El *Pais* dice que no está de acuerdo con los optimismos del gobierno.

DEL EXTRANJERO

La prensa inglesa pide que el reclutamiento del ejército británico en el año actual sea de 160,000 hombres en vez de 80,000.

En Frankfurt de Offembach ha habido un choque de trenes.

Explotó un gasómetro é incendióse uno de los trenes, resultando ocho muertos y varios heridos.

Loubet y Briand felicitaron a Mac-Kinley por su triunfo.

En Londres dice el *Daily Mail* que Inglaterra notificará a las potencias oficialmente la enajenación del Tranwaal el mismo día que Krüger desembarque en Marsella.

El gobierno francés envió a la frontera a los prefectos con orden de impedir la conspiración carlista.

En Chicago verificóse un mitin monstruo para pedir que los Estados Unidos intervengan en el asunto de los boers.

Dícese que Bryan, en vista de la derrota en la elección de los Estados Unidos, retiróse a la vida privada.

Alemania está dispuesta a realizar una enérgica política en Marruecos.

Li Hung Chang desespera de llegar a un acuerdo pacífico con las potencias.

La Corte preparáse a huir protegida por el ejército chino que se organiza.

El gobierno de los Estados Unidos muéstrase disgustado por haber permitido el gobierno inglés la residencia en Hong Kong de una junta tagala que conspira constantemente contra la dominación americana en Filipinas.

Telegrafían de Pretoria que el general boer Dewet encuéntrase herido y perdió cinco cañones en el último combate.

Los boers tienen completamente envuelto a Barberton y amenazan a Standerton y Volkrust.

La oración fúnebre

DE LA ROSA

Una rosa se moría.

Su tallo se doblaba lentamente y poco a poco palidecía su corola.

En vano habían intentado las mariposas y las abejas reanimarla con el suave calor de sus caricias; en vano se inclinaban las blancas lilas dejando caer sobre la pobre flor algunas gotas de rocío piadosamente conservadas, que heridas por el sol brillaban como perlas misteriosas.

En vano había procurado el viento levantar su caído tallo. ¡La rosa se moría!

Poco a poco desaparecían sus bellos colores, sus hojas caían y los pétalos de su corola se iban apartando como para dejar más libre el paso al alma de la flor que con su último perfume se escapaba.

Las margaritas rezaban inclinando sus virginales coronas; las violetas lloraban ocultas entre la hierba, no atreviéndose, sin embargo, a renunciar a su última esperanza y pensando que la rosa era demasiado bella para morir cuando el sol brillaba y las hojas brotaban todavía, cuando tanto faltaba aún para la llegada del invierno y cuando seguían murmurando sus armoniosos cantos los límpidos arroyos.

En las ramas de los árboles los pájaros permanecían silenciosos en sus nidos: presa de ansia mortal todos esperaban fijos sus ojos en la rosa, cuya palidez aumentaba por momentos. Las currucas estaban inquietas; los ruiseñores inclinaban la cabeza; las cigarras, de ordinario tan charlatanas, permanecían en absoluto mutis-

mo. Era aquella la primera rosa del año que de tal modo desaparecía, y decíanse todos que no tardaría el momento de ir, como ella a dormir el sueño eterno.

En el cielo las espesas nubecillas se quedaban inmóviles sin saber por qué; el viento interrumpía su perpétua marcha hacia lo desconocido.

De repente, en medio de ese general silencio, dejóse oír un suspiro apagado, y un misterioso perfume se esparció por el ambiente, envolviendo a todos, seres y objetos inanimados, en su delicioso aroma. Era el alma de la rosa que volaba al cielo.

La flor se había desprendido de su tallo, esparciendo por el suelo sus mustios pétalos. La infeliz yacía sobre el césped al pie del rosal en donde había vivido y brillado; las demás flores habían simultáneamente doblado la cabeza cual si quisieran darle el postrer adiós; las mariposas habían cerrado sus pequeñas alas. Pronto circuló la noticia entre los pájaros que se posaban en las ramas y en las malezas. La rosa, la primera rosa de la estación, había muerto.

II

Y al llegar la noche, a la luz de la luna, cuyos rayos plateaban alas y cálices, un pausado cortejo iba a darle sepultura.

Caminaban en primer lugar las lilas, levantando sus altas cabezas a guisa de banderas, y en pos de ellas un escarabajo de aspecto grave y de verde raso vestido, ostentando entre sus manos la varita de maestro de ceremonias.

Los claveles, con su traje de terciopelo rojo, precedían a las belloritas, que inclinaban tristemente sus elegantes gargantillas bordadas en rosa y azul, y a dos cigarras que, al compás de sus címbalos, entonaban una lenta y dulce melopea.

Venían luego las margaritas y las primulas formando larga fila de immaculada blancura, y las violetas con sus enlutados vestidos, é inmediatamente detrás de ellas la rosa muerta que, colocada en una anchá hoja verde, llevada por dos grillos, más que muerta parecía dormida. Cuatro botones de oro sostenían orgullosamente las cuatro cintas que pendían del féretro.

Seguían después las demás flores entre dos filas de langostas armadas de largos tallos de hierba; las mariposas tan desconsoladas, que daba pena verlas; los paros, las currucas, los ruiseñores cantando una marcha fúnebre, y todos los demás pájaros de los lugares vecinos. Cerraban la marcha blancas ramas, de ogiamento sirviendo de orla al fúnebre cortejo, a cuyo paso las hojas de los almendros, movidas por el viento, dejaban caer sus lágrimas en forma de rocío.

III

Al pie del mismo rosal donde vivió la rosa, una hormiga había cavado en la tierra húmeda un pequeño agujero, en el que podría aquella dormir tranquila el eterno sueño.

La luna iluminaba toda la escena sin dejar un sólo rincón oscuro, y a la luz de sus claros reflejos, la rosa, tendida sobre su hoja verde, parecía por instantes resucitar animada por un soplo de vida lejano y misterioso. Los grillos que la conducían la depositaron suavemente en la fosa, mientras las cigarras repetían, más lenta y tristemente aún que la vez primera, su melopea, y las violetas, los claveles, las primulas y las margaritas se arrodillaban y rezaban.

Después, todos depositaron, uno a uno, un poco de tierra en su tumba, no sin antes haber tomado de manos del escarabajo una brizna de hierba mojada en el cercano arroyo, que cada uno sacudía piadosamente tres veces sobre la rosa. Muy pronto quedó completamente tapado el pequeño agujero; las lilas y los ogiacantos se inclinaron por la última vez, ¡todo había concluído! El césped cubriría de nuevo el sitio en donde reposaba la flor, y quizás cuando el sol brillara de nuevo en el ancho cielo azul, no se distinguiría el lugar en donde acababa de ser enterrada; quizás nadie se acordaría de ella, ni siquiera las mariposas que tanto la lloraban.

IV

Iba a disolverse el acompañamiento, cuando uno de los ruiseñores hizo sigoo de que quería hablar. El escarabajo levantó su varita é inmediatamente todos se aproximaron, guardando un profundo silencio. Hasta el arroyo cesó de murmurar. El ruiseñor, posado en el tronco de un acebo, comenzó lanzando un trino brillante que pareció remontarse al cielo como extraña sonata; después batió sus alas, alzó la cabeza y cantó:

«¿Por qué lloráis, hermanas queridas, flores compañeras de nuestra existencia? ¿Por qué interrumpís, ¡oh, currucas! vuestros cantos? ¿Por qué, cigarras, no reanudáis vuestras alegres estrofas? Secad vuestras lágrimas, tended vuestras alas. No es hora ya de llorar; vuestro último la-